

LA AGONÍA DE FRANCIA

MANUEL
CHAVES NOGALES

LA AGONÍA DE FRANCIA

PÁGINA INDÓMITA

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Imagen de cubierta: Adolf Hitler, Albert Speer
y Arno Breker ante la torre Eiffel, París, 23 de junio de 1940
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: junio de 2025

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-129857-4-0
Depósito legal: C-677-2025

ÍNDICE

Nota a la presente edición	11
LA AGONÍA DE FRANCIA	13
Prólogo	15
Golpe de Estado	15
La tarde del domingo en que murió Francia	16
La indiferencia de las masas	16
Cómo se rinde una gran ciudad	17
La fe en Francia	19
El mito de la libertad	19
La defección francesa	20
Experiencia personal	22
La tragedia del francés	24
La patria y el patriotismo	25
Capítulo I	29
Si Hitler hubiese atacado en septiembre	29
Francia pudo salvarse	31
La guerra civil	32
La verdadera corrupción interior	33
El proceso de la decadencia	35
Superioridad del político	40
Capítulo II	43
El gran error	43
Las corruptelas militares	44

Un ejército que no sirve para nada	46
El fracaso de los cuadros de mando	47
«Con una guerra de retraso»	48
Vencidos antes de entrar en lucha	49
La oficialidad colonial y el ciudadano movilizad	50
Miseria espiritual	53
La barbarie antidemocrática	55
El malhumor del soldado	58
 Capítulo III	 61
El «país real» y el «país oficial»	61
Los verdaderos estragos de la aviación	65
La mentira del heroísmo universal	68
El egoísmo de los ciudadanos	70
La codicia francesa	73
Trabajo	75
Frivolidad	78
Arrepentimiento y piedad	80
 Capítulo IV	 83
<i>Drôle de guerre</i>	83
La aristocracia	88
La burguesía	93
Traición de la mesocracia	95
 Capítulo V	 99
Los ingleses en Francia	99
El odio al soldado	103
Las mujeres francesas y las inglesas	105
Superfluidad femenina	107
Sólo los más jóvenes...	108
 Capítulo VI	 111
La economía de sangre	111
Mentalidad Maginot y podredumbre interior	112
Daladier	115
Los comunistas al servicio del enemigo	119
Puntos vulnerables	123
La caída de Daladier	125

Capítulo VII	129
El juego de Reynaud	129
«¡Antes la esclavitud que la guerra!»	131
Gamelin	132
La esfinge del Estado Mayor	134
De Gaulle	136
Weygand	137
Pétain	138
Capítulo VIII	141
Sembradores de pánico	141
La aviación, arma psicológica	143
París no se defiende	146
La catástrofe	147
El éxodo	150
Tours-Burdeos	152
El nudo de la tragedia	154
Índice onomástico	157

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

La agonía de Francia es quizá la obra cumbre del periodista y escritor Manuel Chaves Nogales, una defensa de la democracia y el liberalismo publicada años después de que el autor hubiese viajado como reportero a la Rusia soviética, la Alemania nazi y la Italia fascista, de que posteriormente abandonase España al poco del estallido de la guerra civil para exiliarse con su familia en Francia y, por último, tras la invasión alemana del país en 1940, y ya con la Gestapo pisándole los talones, tuviese que exiliarse de nuevo, esta vez en el Reino Unido.

El autor argumenta aquí que Francia estaba condenada mucho antes de que los tanques alemanes entrasen en París, desde el momento en que, traicionándose a sí misma, se había dejado seducir por el discurso totalitario del enemigo y había renegado de la democracia liberal. Así, mediante el relato de la agonía y la caída del país, Chaves Nogales nos ofrece un verdadero tratado político sobre cómo mueren las democracias, toda una lección de maestría periodística, que nos interpela de manera clara en el presente.

El libro fue publicado originalmente en 1941 por la editorial uruguaya Claudio García & Cía., y permaneció en el olvido durante décadas, hasta que, gracias al librero y editor Abelardo Linares, fue rescatado por la Diputación de Sevilla para su inclusión en la *Obra periodística* del autor, que editada por María Isabel Cintas vio la luz en el 2001. Aquí, nuestra intervención en los textos se ha centrado sobre todo en corregir los errores tipográficos obvios, además de adaptar

algunas grafías a las normas académicas actuales, mientras que cualquier otra intervención de mayor calado se ha hecho intentado respetar al máximo el estilo del autor. Las notas a pie de página corresponden a la presente edición.

LA AGONÍA DE FRANCIA

PRÓLOGO

GOLPE DE ESTADO

— *Qui êtes-vous?*¹

Nos echaron a la cara los haces de luz de sus linternas y nos examinaron recelosamente. Salíamos del despacho del ministro del Interior, señor Mandel, y bajamos por una escalera de servicio de la Prefectura de Burdeos, donde se había instalado el Ministerio después de la evacuación de Tours. Hasta aquel instante Mandel había sido el jefe supremo de las fuerzas de orden público; a partir de entonces era un perseguido, un presunto criminal.²

Mandel seguía en su despacho despidiéndose del personal y adoptando sus últimas disposiciones para la trasmisión de poderes como ministro dimisionario del gabinete Reynaud.³ Pero, escaleras abajo, la guardia había cambiado ya, unos oficiales habían sustituido a otros y el ministro, sin salir de su despacho, se había convertido en prisionero. Los oficiales, que nos habían dado el alto, a quien acechaban era a Mandel mismo. Era su rostro el que querían adivinar a través de posibles disfraces, temiendo que se les escapase en la confusión de los primeros momentos. Nos miramos estupefactos. Aquello no era una crisis, sino un golpe de Estado.

1. ¿Quiénes son ustedes?

2. Louis Georges Rothschild (1885-1944), conocido como Georges Mandel, ocupó el cargo desde el 18 de mayo hasta el 16 de junio de 1940.

3. Paul Reynaud (1878-1966), presidente del Consejo de Ministros del 22 de marzo al 16 de junio de 1940.

Pétain, dueño ya del poder, no había constituido todavía su gobierno. Aún era inconcebible la capitulación. El almirante Darlan seguía proclamando que la flota francesa no se entregaría nunca. Tocaba a su fin aquel domingo mansamente trágico en el transcurso del cual había sucumbido Francia.

LA TARDE DEL DOMINGO EN QUE MURIÓ FRANCIA

En unas horas plácidas, banales, de un domingo radiante, Francia, la Francia que creíamos inmortal, se había hundido, quizás para siempre, entre la indiferencia absoluta de una gran ciudad alegre y confiada, entre el discurrir perezoso de una muchedumbre endomingada que llenaba los jardincillos del Hôtel de Ville, presenciando con inconsciente curiosidad provinciana el ir y venir de los automóviles oficiales y el ajetreo miserable de cientos de miles de refugiados ajenos a todo lo que no fuese la satisfacción inmediata de sus necesidades físicas, que buscaban afanosamente dónde comer y dormir aquella noche. Un mediano *restaurant*, una cama, una mesa libre en una terraza para tomar cómodamente el aperitivo, una localidad para el cine, un buen puesto en primera fila para verle la cara a Pétain o Reynaud al entrar o salir del Consejo de Ministros tenían más importancia para aquella masa abigarrada que todas las angustiosas preocupaciones nacionales del momento. ¿Cuántas personas de aquéllas tenían plena conciencia de la hora decisiva para ellas y para la historia que estaban viviendo? Nunca una catástrofe nacional se ha producido en medio de una mayor inconsciencia colectiva.

LA INDIFERENCIA DE LAS MASAS

La revelación más sorprendente y espantable del derrumbamiento de Francia ha sido esta de la indiferencia inhumana de las masas. Las ciudades no han tenido en ninguna otra época de la historia una expresión tan ferozmente egoísta, tan limitada a la satisfacción inmediata y estricta de los apetitos y las necesidades de cada cual.

Seguíamos manteniendo la ilusión de que la gran ciudad engendra el mito de la ciudadanía. Hemos visto ahora que la gran ciudad moderna, con toda su vibración y su formidable progreso material, es un ser inanimado, una fuerza y una resistencia gigantescas si se quiere, pero unas que sólo actúan en el dominio estricto de su propia función, que permanecen inoperantes cuando se quiere esgrimir las con una finalidad espiritual superior. Se ha demostrado que es punto menos que imposible paralizar la vida de una gran ciudad, conseguir que dejen de circular sus tranvías, impedir que funcionen sus teatros y sus cines, hacer que se cierren sus mercados y sus bazares, que los guardias dejen de regular el tráfico y los carteros de repartir las cartas. Ni guerras ni revoluciones lo logran. Todo intento contra esta inercia formidable de la gran ciudad está condenado al fracaso. La misma aviación de guerra, empleada con la intensidad y el perfeccionamiento actuales, es impotente ante la solidez de la organización urbana. Madrid, Barcelona y Varsovia lo habían demostrado ya. París, en un momento dado, ha visto caer sobre sus tejados un millar de bombas sin que su vida normal se alterase un minuto más de lo que duró la alerta. Las gentes, diez minutos después de haber salido de los refugios, volvían indiferentes a sus ocupaciones, seguían haciendo como si tal cosa, y aun sin enterarse siquiera, su vida normal. La hubiesen seguido haciendo aunque en lugar de mil víctimas como hubo hubiese habido diez mil, veinte mil, cincuenta mil, todas las víctimas que las masas de aviación hoy disponibles puedan ocasionar. Hasta ahora la perturbación mayor que la guerra aérea produce en las grandes ciudades es la perturbación que imponen no las bombas mismas con su estrago, que es mínimo, sino las precauciones inevitables de la defensa pasiva que paralizan peligrosamente y de manera costosísima la vida urbana.

CÓMO SE RINDE UNA GRAN CIUDAD

Ahora bien, esta organización colosal de la vida moderna, este funcionamiento perfecto e indestructible de sus servicios, esta

continuidad inalterable de su actividad que desafía todas las amenazas exteriores y da seguridad y confianza al ciudadano, es totalmente ajena e independiente de las funciones superiores del Estado y aun de la vida misma de éste. El Estado puede hundirse y desaparecer para siempre y el pueblo puede caer en la esclavitud sin que el autobús haya dejado de pasar por la esquina a la hora exacta, sin que se interrumpan los teléfonos, sin que los trenes se retrasen un minuto ni los periódicos dejen de publicar una sola edición. Habíamos creído ingenuamente que la complicada mecánica de todo ello estaba en conexión estrecha e indisoluble con los fines del Estado, y esto es una vana ilusión.

Nos parecía que la fuerza enorme de la ciudad podía servir para algo más que para que la ciudad viviese y nos hacíamos la ilusión de que esa fuerza podía ser empleada cuando llegase el momento — vital para el país — de defenderse contra una invasión extranjera. El taxi del Marne,⁴ del que los franceses hicieron un engañoso símbolo, y las milicias de peluqueros y costureras reclutadas para la defensa de Madrid habían contribuido al error funesto de creer que, en el momento de peligro, se opera fatal y automáticamente la conversión de las fuerzas ciudadanas en fuerzas de lucha contra el enemigo del país. En la ciudad antigua, cuando la lucha era a la medida del ciudadano, éste abandonaba fácilmente sus quehaceres pacíficos en el momento de peligro y se convertía en el soldado de su independencia. Esto fue posible en Numancia. No ha sido posible en París ni lo sería en Nueva York. Cuesta trabajo aceptarlo porque parece inconcebible que los complicados engranajes de la máquina urbana moderna, construida penosamente a lo largo de los siglos para trabajar en un sentido determinado, puedan seguir trabajando en otro sentido diametralmente opuesto sin que todos sus piñones salten hechos pedazos. Pero así es.

4. Alusión a un célebre episodio de la Primera Guerra Mundial: durante la batalla del Marne, centenares de taxis parisinos fueron empleados para transportar al frente a las tropas de reserva.

LA FE EN FRANCIA

Esta dura realidad no la habíamos visto o nos la habíamos ocultado pudorosamente. Creíamos, o queríamos creer, que el progreso material, engendrado por el progreso del espíritu, seguiría siendo fiel a éste. No aceptábamos la posibilidad de que la máquina nos abandonase o nos hiciese traición.

Toda Francia era una creación espiritual conseguida en veinte siglos de civilización, de lucha constante contra la barbarie. Su fuerza material era única y exclusivamente una emanación de su espíritu. Todo en Francia estaba lleno de sentido, eran tan humano, tenía tan exactamente la medida de lo humano, que parecía imposible que este equilibrio se rompiese y Francia cayese en la barbarie y la abyección. La fe en Francia era una fe ciega, universal. Creían en ella quienes la conocían a fondo y quienes la ignoraban; hasta sus enemigos; hasta los salvajes. No era una fe en una doctrina que en cualquier momento puede revelarse falsa. No era una fe de doctrinario, de partidario, de defensor de un dogma la que Francia engendraba. Era la fe natural del hombre en lo que es humano y en todo lo que está al alcance de su comprensión. La fe del labrador en las cosechas, del pastor en la reproducción de las especies, del marinero en la virtud de los vientos. Francia, heredera genuina de la civilización grecolatina, cuyo módulo era el hombre, había sido siempre fiel a sus humanidades clásicas, no se había apartado nunca del culto de lo humano, y así como en sus abadías se había salvado la cultura antigua a través de la barbarie de la Edad Media, se podía esperar ahora que ante esta barbarie nueva, ante esta nueva Edad Media, Francia cumplierse fácilmente la misión providencial que se había atribuido.

EL MITO DE LA LIBERTAD

A Francia acudían ayer aún, llenos de esperanza, los hombres de toda Europa que seguían teniendo fe en el hombre y en sus valores morales, los que creían en la libertad porque la necesitan para vivir como el oxígeno para sus pulmones, los

que no se resignan a abdicar su dignidad viril ante los monstruos primarios del totalitarismo. Desde que se derrumbó el mito de Moscú que había atraído falazmente a quienes tenían hambre y sed de justicia, desde que se deshizo la ilusión de la revolución bolchevique, Francia había vuelto a ser la Meca de todos los hombres libres de Europa, acaso sólo por el prestigio insigne de su tradición.

Cuenta Maksim Gorki que hubo un periodo en el que el solo nombre de Lenin despertaba en los más remotos países de la tierra tan magníficas sugerencias de redención que, cruzando millares de kilómetros, llegaban constantemente en peregrinación a la Plaza Roja de Moscú gentes sencillas y emocionadas que hablaban todas las lenguas y tenían del comunismo las ideas más arbitrarias, pero que comulgaban unánimes en un ideal de liberación no por inefable menos fuerte. Ese ideal había cristalizado finalmente en el culto a aquella momia maquillada ante la cual, en señal de devoción, el que no sabía hacer otra cosa se santiguaba.

Con la misma fe ciega llegaban en los últimos tiempos a los arrabales de París los hombres que querían seguir siendo libres y que a su libertad lo habían sacrificado todo, sus hogares, sus familias, sus patrias.

Hoy, después del derrumbamiento de Francia, no puedo disociar la devoción de los pobres demócratas de Europa por Francia de la devoción ingenua de los proletarios de todo el mundo por aquella momia maquillada que monta la guardia a la entrada del Kremlin.

LA DEFECCIÓN FRANCESA

Francia —aunque fuese a pesar suyo— no era sólo Francia, es decir, lo que Charles Maurras llamaba «el país real». Era también un mito de la democracia, de la libertad, de los Derechos del Hombre. Pero este mito había llegado a ser carne de su propia carne, era tan francés, tan consustancial para la vida de la nación, como era raíz enmarañada y perdida del indigenado en la que el nacionalismo integral francés se obstina en colocar la única razón de ser de Francia. Consagrándose

furiosamente a la demolición del mito de la Democracia, los nacionalistas franceses no han conseguido sino la demolición de Francia, su capitulación, su servidumbre total a la barbarie extranjera, su deshonor ante el mundo.

Esa Francia, ideal o idealista, que el «país real» ha procurado extirpar a toda costa era la mejor Francia, la que el mundo admiraba y respetaba reconociéndola y considerándola aun en la contrafigura de sus más sañudos detractores interiores. ¿En qué clima sino en el de Francia, en el de la Francia liberal y demócrata, se hubiesen producido y hubiesen alcanzado su máximo desarrollo hombres como Léon Daudet y el mismo Charles Maurras? ¿Qué será de ellos ahora, a la órdenes del doctor Goebbels? ¿Serán tan eficaces y activos contra los invasores triunfantes como lo fueron contra los demócratas, los judíos y los metecos que disimulábamos ante el mundo la triste realidad de una Francia claudicante?

A Francia habían acudido en los últimos tiempos grandes masas de hombres que buscaban en ella amparo frente a la nueva barbarie que se desencadenaba en Europa, a cambio de ofrendarle sus vidas, su trabajo y sus hijos. Francia tenía a orgullo el ser tierra de asilo y se vanagloriaba de que todo hombre civilizado tuviese dos patrias, la suya y Francia. La vitalidad francesa, en decadencia, se mantenía gracias a estas inyecciones constantes de sangre nueva. Cerca de un millón de italianos, medio millón de españoles, cientos de miles de checos, austríacos, polacos, rumanos, rusos, alemanes y judíos de todas las nacionalidades servían sumisos y humildes a la grandeza de Francia, sólo por devoción al mito de la Democracia. La monstruosa elaboración de los Estados totalitarios y su expansión triunfal llevaban hacia Francia a unas masas de humanidad que representaban una selección espiritual, una élite de todos los pueblos de Europa. A quienes los Estados totalitarios eliminaban era a los mejores, los más fuertes, los más dignos, los que habían sabido resistir, los que no se habían doblegado ante la barbarie triunfante. Francia, que hubiera podido edificar contando con ellos un Estado de una fortaleza indestructible, se dejó ganar poco a poco por las sugerencias del adversario; renegó de sí misma y de cuanto había representado en el mundo, se rindió a la coacción de la

propaganda enemiga y trató como adversarios y delincuentes a quienes acudían a ella en calidad de servidores fieles del ideal que Francia había simbolizado siempre.

Yo he visto y he sentido hondamente la amarga decepción de esos cientos de miles de hombres que, perdida su patria por la expansión triunfante de la barbarie totalitaria, llegaban a Francia creyendo encontrar en ella el baluarte de la democracia y la civilización y se encontraban con un nazismo vergonzante, larvado, con el cadáver maquillado de una República Democrática en cuyas entrañas podridas germinaba la gusanera del totalitarismo.

Francia se ha suicidado, pero al suicidarse ha cometido además un crimen inexpiable contra esas masas humanas que habían acudido a ella porque en ella habían depositado su fe y su esperanza. Entre las cláusulas del deshonroso armisticio aceptado por el mariscal Pétain hay una que basta y sobra para deshonar a un Estado: la cláusula en que el gobierno francés se compromete a entregar a Hitler, atados de pies y manos, a los refugiados alemanes antihitlerianos que habían buscado su salvación en Francia, y a quienes el Estado francés había utilizado sin escrúpulo en el simulacro de lucha contra el hitlerismo. La entrega al verdugo alemán de esos hombres que habían tenido fe en Francia será una de las mayores vergüenzas de la historia.

EXPERIENCIA PERSONAL

Mi pequeña experiencia personal no deja de ser significativa. Refugiado español, me había puesto incondicionalmente al servicio de la República Francesa desde el comienzo de la guerra, con la convicción de que mi patria no podría librarse de la hipoteca que sobre ella tienen las potencias totalitarias más que cuando éstas hubiesen sido derrotadas por las potencias democráticas. Ayudaba a la guerra con todo mi entusiasmo. Cada día, un grupo numeroso de periódicos americanos de lengua española publicaba mis crónicas redactadas única y exclusivamente al servicio de la causa francesa; cada día la radio francesa para España y América del Sur divulgaba